

# *The Turn of the Screw* en la Sala Covarrubias



Leopold Benedict (Miles) y Erin Hughes (Flora)

**E**n 1898, Henry James (1843-1919), el gran novelista norteamericano nacionalizado inglés, publicó *The turn of the screw*, una novela corta que él consideraba sólo un divertimento, pero que el tiempo acabó consagrando como la más popular de sus narraciones y, acaso, la más perfecta. Es la historia de dos niños huérfanos, habitantes de un castillo, acosados por dos perversos fantasmas. Pero la ambigüedad circula, inquietante, por todos lados, a través de la sutil madeja de la trama: nunca se sabe si los fantasmas existen realmente o todo ello es una invención de la mente de la institutriz, pues ella —la narradora de la historia— es la única persona que los ve.

La ambigüedad —prevista, calculada, por el autor— consiste también en que nunca se sabe si los niños son víctimas o agentes de los fantasmas. En 1962, el inglés Jack Clayton filmó una excelente adaptación cinematográfica con guión de Truman Capote y una actuación exquisita, insuperable, de Deborah Kerr, por cuyo rostro, maravillosamente expresivo, atraviesan, como ráfagas, la represión sexual, el espanto creciente, la curiosidad detectivesca, un atrevimiento casi temerario y un puritanismo casi demente.

Entre la novela y la película, el músico británico Benjamin Britten compuso, con esta historia, una de sus mejores óperas, estrenada en el teatro La Fenice de Venecia en septiembre de 1954, bajo la dirección musical de él mismo. Ahora, con sólo dos funciones, el 13 y 14 de agosto de 2011, se estrenó en México, con un resultado desigual.

*Otra vuelta de tuerca* es, a fin de cuentas, una exploración en el mundo del mal, que todo lo toca y contamina. Como en *Billy Budd* y otras óperas, la inocencia acaba arrasada por el mal. Es evidente que la música difícilmente puede describir, con la precisión de la novela o la película, los estados anímicos tan sutiles y ricos de la institutriz. Lo que sí pudo hacer es crear una atmósfera fantasmagórica, pues Britten escogió, de entre las diversas posibilidades que el texto le ofrecía, la de una mera historia de fantasmas, apartándose de las complejidades psicológicas de la institutriz. Con una orquesta de cámara de 14 instrumentos, Britten explora maravillosamente las posibilidades tímbricas de un conjunto de tales características y con tales elementos cuenta la historia a partir de un tema de doce notas y sus múltiples variaciones.

Musicalmente, *Otra vuelta de tuerca* es una obra maestra. Es una delicia, por ejemplo, escuchar cómo, a través del sonido de la flauta y los inquietantes arpeggios del arpa, se comunican el niño Miles y Peter Quint, el fantasma. La escritura vocal es también sabia y de gran dramatismo. De manera que lo principal de esta representación depende de la orquesta y de los solistas. La orquesta Ensamble Filarmonía, formada para esta ocasión y dirigida con maestría, precisión y musicalidad por el ya muy conocido en México **Jan Latham-Koenig**, fue, sin duda, el mayor acierto de este estreno. Uno podía cerrar los ojos y seguir con los oídos esta magistral puesta en música.



Fflur Wyn como la Institutriz

Sobre los hombros de la soprano inglesa **Fflur Wyn** pesaba la mayor responsabilidad vocal y actoral. Sin embargo, es muy joven todavía y no supo proyectar las intensas vivencias de la institutriz, sobre todo, por estar mal dirigida escénicamente. El tenor **Samuel Boden**, como el narrador del Prólogo y Peter Quint, fue el mayor acierto del elenco. Posee toda la malignidad, en voz y actuación, que el ya fallecido sirviente Peter Quint debe proyectar. **Encarnación Vázquez**, eficaz como la Sra. Grose, el ama de llaves. Muy bien **Lourdes Ambriz** como Miss Jessel, ese fantasma doliente que sufre —aun en ultratumba— su amor desgraciado por Quint. Los niños sopranos **Leopold Benedict** y **Erin Hughes**, como los niños Miles y Flora, respectivamente, se ven demasiado creditos para sus inocentes papeles.

El gran desacierto de este estreno —que pudo haber sido glorioso— fue la lamentable dirección escénica del inglés **Michael McCaffery**, con la complicidad de **Víctor Zapatero**, diseñador de iluminación. Cierto, la puesta en escena era pobre de recursos, pero la pobreza imaginativa fue mayor y escandalosa. En una ópera de atmósfera como ésta, hecha para la mirada, sobre todo para la ávida mirada de la institutriz, los personajes se comunicaban poco con su entorno. La arbitrariedad de los movimientos escénicos restaba fuerza e intensidad al drama. Había incongruencias tan grandes como la escena de la primera aparición del fantasma de Quint ante la institutriz, que ocurre en pleno día, bajo un sol radiante del jardín —claridad celebrada por ella en su canto—, pero la iluminación hace que ella se mueva entre las tinieblas del interior. O la tontería sin nombre de que la institutriz y el fantasma de Miss Jessel se pongan a forcejear como en patio de vecindad. O el trágico final, tan carente de fuerza, porque la soprano Fflur Wyn estuvo muy mal dirigida.

¿Por qué los organizadores no pensaron en **Jorge Ballina**, el brillantísimo y ya experimentado director de Britten? Sólo se explica esta omisión porque no haya estado en México. De todos modos, hay que celebrar el estreno en México de una obra como *Otra vuelta de tuerca*, lamentable desde el punto de vista escénico, pero excelente desde el punto de vista musical. ●

por **Vladimiro Rivas Iturralde**